

Prólogo

Una píldora roja para formar un contra-saber

Agustín Laje
Lic. en Ciencia Política, Mgter. en Filosofía, escritor

No pretendo aquí la detestada práctica del *spoling*, ni que se tome por tanto este prólogo como una forma de *spoiler*, pero permítaseme empezar por el final de este libro que aquí el lector, no obstante, empieza a leer: «Si decide tomar la píldora roja, bienvenido al exterior de Matrix. Bienvenido al mundo real». Así cierra Alicia Rubio su trabajo.

El libro que hoy me toca prologar se presenta, pues, como una píldora capaz de ofrecernos una *alternativa*: una alternativa a lo que estamos obligados a pensar o, mejor dicho, a repetir acríticamente; una alternativa a lo que se nos impone con la fuerza (y la virtual obligación) de la moda (y, también, de la coerción estatal); una alternativa al discurso hegemónico que disuelve astutamente su propia condición de discurso dominante en estrategias victimistas y lacrimógenas; una alternativa a la ignorancia vuelta a la fuerza, paulatinamente, *nuevo-sentido-común* de masas embrutecidas, desesperadas por subirse al tren de la corrección política.

Las alternativas son esenciales para la libertad. Quien no tiene alternativas, no puede elegir realmente; quien no elige, no sabe lo que es la libertad. Por eso, la píldora roja, tomada de Matrix —tomada, a su vez, de la alegoría de la caverna de Platón— no sólo es un despertar al conocimiento de la realidad, sino también, y por consiguiente, un despertar a la posibilidad de ser más libres.

En tal sentido, el libro de Alicia representa un esfuerzo *político*. El conocimiento no se agota en sí mismo, sino que se articula con una voluntad de resistencia que hay que construir y alimentar. Foucault, a quien estas páginas critican en más de una ocasión y con buenas razones, tenía un punto interesante sin embargo cuando insistía en la vinculación íntima entre el poder y el saber. El poder, sostenía aquel, da lugar a saberes que a su vez refuerzan las pretensiones de aquel y aceitan sus mecanismos. El estado actual del saber (en todos los órdenes y niveles) se nos presenta totalmente atravesado por los intereses de la agenda feminista y de género, motivo suficiente para virar la cabeza hacia el polo del poder para denunciarlo, resistirlo, combatirlo. Pero para ello es necesario un contra-saber, que es lo que este libro quiere ofrecer, insisto, como esfuerzo político.

¿Cómo podríamos combatir eficazmente una agenda que desconocemos? ¿Cómo podríamos, siquiera, *querer* combatir aquello que ignoramos? No hay resistencia sin contra-saber; en consecuencia, hay que saber para resistir, y hay que saber para pretender la libertad. Pero esta última no viene dada gratuitamente, sino que hay que conquistarla, pues su efectividad es inseparable de la responsabilidad: el contra-saber duele, el contra-saber cuesta, el contra-saber requiere tiempo, el contra-saber frustra, el contra-saber a veces deja sabores amargos, y ese es el precio de la libertad: el precio de la «píldora roja». Un contra-saber políticamente incorrecto para combatir el disciplinamiento de las engañifas hegemónicas es duro de parir.

Alicia Rubio ayuda al lector, en este sentido, a hacerse de una inmensa cantidad de conocimiento en relativamente pocas páginas. Su pluma es esencial para ello; no en vano, ella es filóloga. Yo, que no tengo ese don llamado síntesis, no podría lograr un trabajo como este. Su primera virtud, pues, es la de contribuir a un contra-saber en un texto ágil, claro y que va sin muchos rodeos al punto. Así, el lector se desplazará desde críticas a las definiciones actuales y sumamente engañosas de lo que se supone que es el feminismo, a un repaso conciso de las principales teóricas feministas contemporáneas; desde un análisis de la institucionalización del feminismo como política estatal, a las presiones globalistas y los *lobbies* que procuran instalar la agenda de género en todas partes; desde una descripción crítica de las principales estrategias feministas y de género en tanto que estrategias totalitarias, hasta una denuncia de cómo se meten con la niñez, cómo la engañan, la sexualizan, la abusan, la politizan. En el medio, sobresale un repaso de las «feministas disidentes», que hoy representan una verdadera piedra en el zapato de las hegemónicas.

Alicia tiene la virtud de colocarse siempre, y en todo lugar, en la vereda opuesta del feminismo. Ella no es una «feminista disidente» sino una anti-feminista declarada. En efecto, de ninguna manera hay que tomarla como una «feminista liberal», ese engendro anacrónico (reivindicar el feminismo liberal puede ser un ejercicio historiográfico mas no político) que algunos liberales han tratado de configurar porque les daba miedo oponerse de verdad al feminismo: Alicia reivindica con determinación la libertad, y por ello se opone al feminismo con realismo político, sin vacilaciones, sin concesiones, sin cobardías, pagando el precio que hay que pagar, y que ya ha pagado con la publicación de su anterior libro.

Resumiría los principales logros de este nuevo libro en dos enunciados: no estamos frente a movimientos que busquen ninguna igualdad ni libertad sino frente a esfuerzos supre-

macistas y autoritarios, por un lado, y no estamos frente a una revolución de abajo-arriba sino frente a una monumental maquinaria de ingeniería social de arriba-abajo, por el otro. Creo que ambos argumentos resultan esenciales, a nivel estratégico, para combatir al feminismo actual y la agenda de género. Quiero brindar los motivos a continuación.

La modernidad tiene sus valores cardinales. La libertad y la igualdad sobresalen de entre ellos. El feminismo busca legitimar su militancia con un relato que reclama para sí ambos valores que, en conjunto, levantan los estandartes de una «revolución». La libertad, por ejemplo, es invocada para demandas tales como el aborto o la «identidad de género». Lo que no se dice al respecto es que se trata de una libertad que requiere enormes dosis de coerción y, por tanto, no es libertad sino privilegio: el aborto —usualmente financiado desde el Estado, además— implica atentar contra el libre desarrollo del ser humano en gestación (y, por tanto, contra su vida misma), mientras la «identidad de género», en tanto que «derecho» concedido por el Estado, demanda de la sociedad un acatamiento (y un financiamiento, en muchas ocasiones) absoluto, que aplasta la libertad de conciencia, opinión, religión, cátedra, investigación, etc. La igualdad, por otro lado, es invocada en demandas tales como las «cuotas» para «reducir brechas de género» o bien en políticas de adoctrinamiento que procuran «deconstruir» las diferencias biológicas entre los sexos. Pero tales esfuerzos se basan en tratar desde el Estado diferente a hombres y mujeres, violentando así la única igualdad legítima: la igualdad ante la ley.

Alicia ataca con gran eficacia lo que podemos llamar el «polo igualitario» del discurso feminista, mostrando que, en rigor, existe una curiosa selectividad a la hora de denunciar, por ejemplo, las «brechas de género». Así, jamás se habla sobre la brecha educativa, la brecha en la expectativa de vida, la brecha laboral en la elección de trabajos peligrosos e insalubres, la brecha en los suicidios, la brecha penal y carcelaria, entre otras

«brechas» en las que el hombre y no la mujer tiene todas las de perder. ¿Cuántas feministas están pidiendo cuotas igualitarias para el puesto de «albañil destajista», se pregunta Rubio?

El «polo liberal» del feminismo y la agenda de género se desmonta, a su vez, mostrando hasta qué punto la militancia en cuestión reclama el concurso del Estado y sus aparatos de coerción. Las feministas no serían absolutamente nada sin el Estado; el feminismo y la agenda de género es estatalista hasta la médula. Su negocio se ha institucionalizado en ministerios, secretarías y departamentos de «género», de la «mujer», de la «diversidad», en los que parasitan una innumerable cantidad de inútiles que viven de nuestros impuestos, cuyo «chiringuito» depende no sólo de no solucionar los problemas que denuncian, sino de multiplicarlos, conflictuando hasta el absurdo las relaciones personales de los ciudadanos. Eso significa precisamente «lo personal es político»: el fin de la dimensión no estatal de nuestra existencia; la politización de la totalidad. Nunca antes el totalitarismo se había enmascarado con tanta destreza.

Al desmontarse el «polo liberal» y el «polo igualitario» que demanda el feminismo y la agenda de género para sí, queda desvelada su constitución supremacista y autoritaria. Y si la libertad y la igualdad son valores cardinales de la modernidad, el autoritarismo y el supremacismo son, sin lugar a dudas, sus antagonistas: una suerte de anti-valores cardinales. La herida que estos argumentos provocarían al relato feminista, si pudieran generalizarse con suficiencia, sería muy considerable. Esa tarea queda para el lector y lo que haga con el conocimiento adquirido concluida su lectura.

Pero Alicia no sólo arranca del feminismo sus pretensiones de libertad e igualdad, sino también, y esto es fundamental, de «revolución». Esto es esencial, a su vez, para minar los apoyos que la agenda feminista y de género recibe por parte de muchos jóvenes que hacen las veces de «idiotas útiles», creyendo ser parte de una revolución cuando en verdad no son más que piezas intercambiables al servicio de intereses que desconocen por completo.

Al «chiringuito», Alicia suma entonces los intereses biopolíticos que se esconden tras el humo de esta militancia. ¿Por qué semejante interés de los más importantes organismos internacionales? ¿Por qué semejante financiamiento de los más acaudalados multimillonarios del mundo? ¿Por qué semejante lobby institucionalizado en las usinas más elevadas del poder? ¿Es reductible semejante maquinaria biopolítica a una revolución de axilas peludas y pintarrajeadas, pañuelos verdes, puños morados y senos al aire? ¿Es posible ser más ingenuo?

Este libro desmonta una ideología, como dije, repasando a sus principales teóricas, pero también da cuenta del sustrato material, es decir, de los intereses reales que se esconden tras esa ideología. Así vemos emerger el problema de la «superpoblación» y el entramado de organismos internacionales, cumbres globales, Estados desarrollados y ONG's trabajando en los temas demográficos de control de natalidad: Fondo de Población de Naciones Unidas, Population Council, International Planned Parenthood Federation, Ford Foundation, Rockefeller Foundation, Bill & Melinda Gates Foundation, The Global Found, Open Society Foundation, David & Lucile Packard Foundation, The William And Flora Hewlett Foundation, entre otras.

El rol de Estados Unidos, sobre todo bajo administraciones demócratas, ha sido crucial para esta agenda. La mayoría de los izquierdistas, por supuesto, lo ignora. Pero recordemos al Presidente Johnson decir en su discurso del vigésimo aniversario de Naciones Unidas: «Actuemos sobre el hecho de que menos de cinco dólares invertidos en control de población equivale a cien dólares invertidos en crecimiento económico».¹ Este razonamiento escandalizó al intelectual de izquierda Eduardo

1 Public Papers of the Presidents, Lyndon B. Johnson (1965), Vol. II, p. 705. Consultado en <https://quod.lib.umich.edu/p/ppotpus/4730960.1965.002?view=toc> el 23/11/20.

Galeano en *Las venas abiertas de América Latina*² a comienzos de la década del '70: los izquierdistas que hoy siguen leyendo a Galeano omiten alevosamente esa parte de su libro.

O reparemos en el informe que el gobierno norteamericano solicitó a John D. Rockefeller III, publicado en mayo de 1969, cuyo título es «Población Mundial: Un desafío para Naciones Unidas y su Sistema de Agencias». Aquí se reconoció que países como EE.UU. y Suecia, y ONG's como Ford Foundation, Rockefeller Foundation e IPPF, estaban trabajando en temas demográficos, pero que se necesitaba del apoyo de Naciones Unidas (el Fondo de Población de Naciones Unidas nace en consecuencia). Le tocó al Presidente Richard Nixon evaluar el documento, del que dijo: «Estoy muy impresionado por el alcance y el empuje del reciente informe del Panel de la Asociación de Naciones Unidas, presidido por John D. Rockefeller III». Y dispuso consecuencia:

Le pedí al Secretario de Estado y al Administrador de la Agencia para el Desarrollo Internacional [AID] dar alta prioridad a la planificación familiar y de población (...). Similarmente, le estoy pidiendo a los Secretarios de Comercio y Salud, Educación y Bienestar, y a los Directores de Cuerpos de Paz y de la Agencia de Información de los Estados Unidos que presten mucha atención al asunto de la población cuando planean operaciones en el extranjero. [...] Naciones Unidas, sus agencias especializadas y otros cuerpos internacionales deben tomar el liderazgo respondiendo al crecimiento de la población mundial.³

2 Galeano, Eduardo (2004). *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI, p. 20.

3 Public Papers of the Presidents, Richard Nixon (1969), p. 503. Consultado en <https://quod.lib.umich.edu/ppotpus/4731731.1969.001?view=toc> el 23/11/20.

O qué decir de la «Comisión de Crecimiento de la Población y el Futuro Estadounidense» creada por el Congreso de los Estados Unidos, presidida por el mismo Rockefeller, de la cual surgirá el reporte conocido como «informe Rockefeller» que demandará la legalización del aborto y la difusión de la ideología feminista, a través de medios de comunicación y colegios, junto a Planned Parenthood, como coartada: «Creemos que el aborto no debe considerarse un sustituto del control de la natalidad, sino más bien como un elemento de un sistema integral de atención a la salud materno-infantil».⁴

Y cómo no mencionar el «Memorándum de Estudio para la Seguridad Nacional n° 200 — Implicaciones del crecimiento de la Población Mundial para la Seguridad de los Estados Unidos de Norteamérica y sus intereses ultramarinos (NSSM 200)», más conocido como «informe Kissinger», que establece que «dondequiera que una disminución de las presiones demográficas a través de la reducción de las tasas de natalidad pueden aumentar las perspectivas de tal estabilidad, la política de población se vuelve relevante para el suministro de recursos y para los intereses económicos de los Estados Unidos».⁵ Aquí también se apuesta a una retórica feminista y basada en «derechos» para «minimizar las acusaciones de una motivación imperialista detrás del apoyo a actividades de población».⁶ Y también se concluye: «Ningún país ha reducido su crecimiento

4 Commission on Population Growth and the American Future (1972), «Population and the American Future: The Report of the Commission», p. 69, consultado en https://books.google.com.ar/books/about/Population_and_the_American_Future.html?id=Lo9fAcgjz4sC&redir_esc=y el 24/11/20.

5 National Security Council (1974), «National Security Study Memorandum NSSM 200 — Implications of Worldwide Population Growth For U.S. Security and Overseas Interests (THE KISSINGER REPORT)», 10 de diciembre de 1974, p. 43, desclasificado el 7 de marzo de 1989 por F. Graboske, consultado en https://pdf.usaid.gov/pdf_docs/PAAAB500.pdf el 17/11/20.

6 *Ibidem*, p. 81.

poblacional sin recurrir al aborto».⁷ El Presidente Ford convirtió el «Memo 200» en política oficial de los Estados Unidos.⁸

Podríamos seguir con Carter y, más adelante, con Clinton. En la época de este último es cuando la ONU lleva adelante una serie de conferencias internacionales que buscan establecer la agenda demográfica bajo la retórica feminista y de género. Una de ellas es la Conferencia de Población de El Cairo, en 1994, de cuyo documento final podemos apreciar las dimensiones del negocio que acompaña semejante ingeniería social: para lograr los objetivos de control demográfico se requerirán, pues, «17.000 millones de dólares en el año 2000, 18.500 millones de dólares en el año 2005, 20.500 millones de dólares en el año 2010 y 21.700 millones de dólares en el año 2015».⁹

No es necesario abundar más en esto. Sólo quiero adelantar el punto, porque es crucial: ninguna revolución se hace de esta manera. La lógica abajo-arriba, en este caso, no existe. Lo que aquí aplica, al contrario, es la lógica arriba-abajo, propia de la ingeniería social autoritaria, que se manifiesta en el despliegue financiero de miles de millones de dólares para estas agendas, en la militancia organizada e impulsada por ONG's de las *más importantes del mundo, en el apoyo institucionalizado de Estados desarrollados y de Organizaciones Internacionales cuyo poder político, económico y cultural resulta indiscutible*. A ello le sigue, por supuesto, el pelotón de «idiotas útiles» que agitan el puño, creyendo que, de verdad, están haciendo historia.

Tiene el lector en sus manos, entonces, la píldora roja con la que Alicia cierra su libro. Tiene en sus manos, en concreto, la alternativa de un contra-saber con el cual resistir al supre-

7 *Ibidem*, p. 114.

8 A través del Memorandum de Resolución de Seguridad Nacional (NSDM 314).

9 UNFPA (1994), Informe de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, El Cairo, 5 al 13 de septiembre de 1994, p. 90, consultado en https://www.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/icpd_spa.pdf el 24/11/20.

macismo autoritario del feminismo y la ideología de género. Ciertamente, la píldora se termina de engullir al finalizar estas páginas. Que el golpe de realidad lo encuentre dispuesto a luchar.

1. QUÉ ES EL FEMINISMO

Las feministas ejercientes y militantes echan en cara a cualquier disidente del feminismo el significado de la RAE sobre qué es el feminismo para recriminarle que sea tan miserable como para no abrazar esa respetabilísima causa. Porque si no eres feminista eres un machista y un opresor de las mujeres, o una alienada y una colaboracionista con el patriarcado. ¿Qué es el feminismo según la definición del diccionario de la RAE?

- Principio de igualdad de derechos de la mujer y el hombre.
- Movimiento que lucha por la realización efectiva en todos los órdenes del feminismo.

Y hay otra definición en los diccionarios: *Doctrina y movimiento social que pide para la mujer el reconocimiento de unas capacidades y unos derechos que tradicionalmente han estado reservados para los hombres.*

Y, con esos conceptos absolutamente asumidos, conseguidos y superados como prueba de cargo, acusan de varias cosas al disidente: de no querer la igualdad, de no agradecer a las antecesoras la situación de libertad actual de las mujeres y de no tener ni idea de qué es el feminismo.

Y el problema es que la situación es exactamente la contraria: son ellos y ellas los que no quieren la igualdad, los que no agradecen a las antecesoras la situación en la que pueden desa-

rollar sus vidas, no tiene ni idea de lo que es y reivindica hoy el feminismo y, finalmente, son los que nos amargan los logros conseguidos a las mujeres libres actuales.

Somos los que cuestionamos el feminismo actual los que queremos la igualdad que sentimos perdida, los que sabemos cuál es la realidad del feminismo hoy, nada que ver con el origen de la palabra y el concepto y, finalmente, somos conscientes de que no tenemos nada que agradecer a las feministas de los últimos setenta años en tanto lo logrado que valía la pena ya estaba conseguido cuando las primeras femimarxistas degradaron el término. Y desde entonces se han dedicado a estropearlo todo. Podríamos decir incluso que **las verdaderas feministas, las herederas y consolidadoras de los logros del feminismo somos las mujeres que ya no nos identificamos con ese término por la deriva que ha tomado.**

Esa acusación de traicionar a las antecesoras feministas olvida que, **en la lucha por la igualdad también participaron muchos hombres buenos** a los que les debemos su apoyo y mil disculpas por los escritos de esas mujeres. También les debemos mucho a las mujeres que, sin etiqueta de feminista, ni privilegio de ningún tipo, con su esfuerzo personal y sus innegables capacidades en diversos ámbitos fueron haciendo el día a día de esa igualdad, que unas leyes ya garantizaban, gracias a su trabajo serio y responsable.

Somos las mujeres de cierta edad las que terminamos de consolidar esa idea de igualdad legal y de dignidad y a las que nos deben estas niñas adoctrinadas poder decir y hacer todas las tonterías que dicen y hacen sin que la figura de la mujer se menoscabe demasiado.

El feminismo, como el capitalismo, es una palabra que surgió en un contexto concreto y con unas connotaciones concretas. Lo mismo que la idea del capitalismo salvaje inicial, con su búsqueda del beneficio a costa de todo, y con masas de proletarios explotados se ha matizado tanto que, si se habla de países

de alto nivel económico, sociedades libres y democráticas y una poderosa clase media hay que hablar indefectiblemente de países capitalistas, el feminismo también ha variado tanto, que su significado original que presenta la RAE solo explica su origen. Y han pasado demasiados años para que el concepto, la realidad que ese término señala, no haya variado y llenado esa palabra de nuevas connotaciones y realidades. Porque, y esto hay que plantearse a la RAE, **el feminismo ya no es percibido por gran parte de la sociedad como lo que aparece expresado en el diccionario.**

Si no fuera así, no se podría explicar la **enorme cantidad de mujeres que se desmarcan de esa etiqueta** pese a ser libres, autónomas a nivel económico, preparadas intelectualmente y dueñas de su vida y de sus actos. Algunas conocen la deriva del feminismo, otras solo lo intuyen asociando muchos de sus problemas a unas mujeres intransigentes, exigentes, victimizadas, que dicen representarlas sin su consentimiento y que las colectivizan en beneficio propio. Otras asocian el feminismo a leyes abusivas y a problemas de sus hombres más queridos. A otras, simplemente, se les hace repulsiva la estética de este movimiento y otras ven que los actos de reivindicación que organizan las autodenominadas feministas son parciales, interesados, extemporáneos y olvidan selectivamente lo que no beneficia a sus postulados.

Todas llevan razón, todas llevamos razón. Y todo eso no aparece en la escueta definición de feminismo de la RAE según la cual todos somos feministas. No conozco una sola persona, hombre o mujer que no lo sea, que no considere iguales a hombres y mujeres en dignidad y derechos y que no quiera para sus hijas lo mismo que para sus hijos. Y esa es la realidad: el feminismo tuvo su sentido, luchó y el triunfo fue tal que sus logros quedaron en el ideario colectivo. Y triunfó gracias a mujeres valientes y responsables y gracias a un montón de hombres justos y buenos.

Porque los logros del feminismo, los logros justos y buenos, se consiguieron gracias a muchos hombres. Valga el ejemplo cono-

cido en España, pero menos en otros lugares de Hispanoamérica, de la consecución del voto femenino: estábamos en la turbulenta etapa de la Segunda República Española. Las mujeres podían presentarse a los comicios, pero no podían votar. Y se decidió legislar en favor del voto femenino. En la cámara, dos mujeres, Clara Campoamor, republicana liberal y Victoria Kent, socialista que derivó en comunista. Campoamor a favor de la igualdad, Kent en contra del voto femenino porque la mujer no estaba preparada aún, y consideraba que se iba a dejar llevar por marido y confesor, cayendo en dos de los grandes errores del socialismo y el feminismo actual: reivindicar derechos que son justos solo en función de los intereses partidistas al margen de la ética y considerar a las mujeres tontas e inferiores.

Margarita Nelken, la tercera mujer que hubo en la cámara, aún no había adquirido su acta de diputada, aunque defendió lo mismo que su correligionaria Kent.

Se llegaron a proponer aberraciones tales como el voto femenino a partir de los cuarenta y nueve años para frenar la entrada de todas las mujeres en las elecciones. El voto femenino universal con la misma edad que los hombres se aprobó en junio de 1931 con ciento sesenta hombres más una mujer a favor y ciento veinte hombres más una mujer en contra. A eso me refiero cuando digo que los derechos de la mujer se consiguieron con la ayuda de muchos hombres buenos.

El feminismo luchó por la igualdad y los derechos de las mujeres. Al conseguir esa igualdad legal y de derechos, seguir luchando por los intereses de una parte de la población implicaba no luchar por la igualdad por lo que, **de forma lenta pero irreversible, el feminismo pasó de igualitario a supremacista.**

A partir de los años veinte del pasado siglo, **la rama marxista de ese feminismo inicial evolucionó desde esa ideología de lucha de clases y creció al calor de intereses muy diversos:** negocios florecientes como el control de la reproducción, objetivos políticos de desestabilización de países considera-

dos como peligrosos para terceros países ya que el feminismo marxista de enfrentamiento de grupos es semilla de discordia social, control de la población en países en desarrollo, intereses de implantación de nuevos «paraísos» políticos de ideologías totalitarias... **Esto hizo que el feminismo dejara de ser un movimiento de preocupación por la mujer y defensa de sus derechos para convertirse en una ideología que, por la lógica de sus planteamientos, fue gestando corrientes cada vez más radicalizadas y enloquecidas.**

De la concepción marxista de la relación entre sexos como una lucha de clases aplicada en la familia, el hombre se considerará el enemigo, el opresor, el maltratador intrínseco, y se propondrá desde su castración hasta su desaparición física, pasando por la relegación social y la reducción de nacimientos de ese sexo, se darán pábulo a unas cifras estadísticas de abuso y asesinatos perpetrados por los hombres falseadas para que reflejen la conclusión ideológica previa, se creará una historia mítica de un matriarcado primigenio, una mística de la mujer como ser benéfico incapaz de mentir o matar, y unas legislaciones de privilegios para proteger y resarcir a unas mujeres víctimas desde tiempos inmemoriales. Este feminismo acabará exigiendo vulneraciones de derechos y desigualdades para los hombres, destruyendo toda perspectiva de equivalencia en derechos, dignidad y oportunidades hasta el despropósito de tratar de igualar a los sexos en lo biológico a través de leyes irracionales. La imagen más determinante de esa deriva de derechos diferentes es el eslogan de que ante una denuncia contra un hombre «hay que creer a la mujer sí o sí», que no solo supone una negación de la naturaleza humana sino la eliminación del derecho a la presunción de inocencia y la inversión de la carga de la prueba para el acusado. La variante de la igualación biológica a través de leyes se puede entender con el caso de las mujeres bomberas, con pruebas especiales menos exigentes y que no buscan la excelencia en algo tan decisivo como salvar

vidas en situaciones extremas, sino igualar cuotas y que la ley arregle la biología al margen del objetivo de la profesión.

En su siguiente vuelta, **cuando dejó de luchar por los intereses de la mujer biológica para llevar al límite la idea de la mujer como construcción social, se afirma la existencia de mujeres al margen de su sexo** llegando al transexualismo y la desvirtuación de todo movimiento feminista con la imagen de personas XY, es decir, hombres biológicos autopercebidos mujeres, arrastrando en el deporte femenino, en los concursos de belleza con candidatas de altura y esbeltez masculina y exigiendo las cuotas por género que injustamente habían obtenido las feministas al margen de la preparación y el mérito y que ahora también escapan al sexo, derribando con todo esto la lucha de las feministas de género o marxistas para igualar lo que no era, paradójicamente igualándolo del todo, o mejor, deconstruyéndolo por el simple deseo de poder ser cualquier cosa: la autopercepción.

Si no fuera tan serio, vulnerara tantos derechos y engañara a tanta gente dirigiéndola a fracasos vitales, sería un sainete.

En definitiva, el problema del feminismo en la actualidad es que, tras obtener las reivindicaciones iniciales de ilustradas y sufragistas, ha tomado una deriva que nada tiene que ver con la igualdad, ni con las mujeres corrientes y su lucha. El deseo de privilegios por sexo y la inclusión de otros objetivos, grupos y colectivos como núcleo prioritario de sus reivindicaciones ha dinamitado todo punto de relación con su origen y dejado incompleta la definición de la RAE.

El feminismo hoy ni lucha por la igualdad, ni lucha por las mujeres. Y esto hay que repetirlo un millón de veces para que, en esta sociedad de manipulación de masas, por fin una verdad triunfe como verdad por el doble motivo de que lo es y de que se repite.

Si hacemos una crítica al feminismo de forma general y en todas las ramas que existen en la actualidad y que veremos posteriormente, se le puede acusar de varias cosas. Vayamos a ello.

LAS DIECIOCHO ACUSACIONES AL FEMINISMO DE HOY

1. El feminismo actual tiene raíces marxistas, y toda su evolución posterior presenta esa interpretación de la realidad con numerosas características y consecuencias negativas surgidas de tal origen. Tras un análisis cronológico de los principales iconos del feminismo y sus postulados, se desarrollarán esos factores y esas consecuencias con más profundidad.
2. El feminismo no es igualitario. De forma general se puede acusar al feminismo de **que nunca luchó por la igualdad como nos cuentan, sino por los derechos de las mujeres** por lo que, ni antes ni ahora ha sido igualitario, sino selectivo en la defensa de un grupo concreto (aunque mientras hubo desigualdades, luchó por llegar a igualar derechos). Quizá esta sea la razón por la que ha terminado derivando en lo que es actualmente: supremacista. Si realmente fuera igualitario hubiera manifestado interés por los problemas de la otra mitad del mundo que es utilizada para la guerra, los trabajos más duros..., o se negaría a defender diferentes penas para los mismos delitos y que fueran más graves para los hombres. Por ello, hay que definirlo como un movimiento que defiende los intereses de las mujeres y que obviamente se vuelve injusto cuando, conseguida la igualdad, continúa avanzando en exigencias de parte.
3. Asociado a lo anterior surge **la pérdida de su sentido original: la lucha por los derechos y la igualdad, dignidad, oportunidades, voto... ya está ganada**, salvo casos puntuales a los que el propio sistema puede dar solución ya que no hay una sola legislación que avale una injusticia por sexo.
Las injusticias y discriminaciones con las que se trata de justificar la lucha son tan sutiles que hay que «ponerse